



III Conferencia El Espíritu de pobreza

Una esposa fiel honra y comparte el destino de su esposo y se asocia a su fortuna. El Evangelio nos dice que nuestro Señor Jesucristo no ha tenido, ni siquiera una piedra dónde reposar su cabeza. ¡Qué tristeza producen las almas religiosas que son prontas a lamentarse de las pequeñas privaciones que la Providencia les ofrece con el fin de hacerlas trabajar para su santidad!

Sean pobres realmente; examinémonos continuamente si confrontándonos con los votos no estamos fuera de la Regla.

No tengamos para nuestro uso, más que lo estrictamente necesario y poseyendo estas cosas, no estemos apegadas a ellas. Donde hace falta una cosa no pongamos dos y allí donde una cosa es útil no la sacrifiquemos. Seamos pobres de verdad es decir no amemos los bienes terrenos, amemos los bienes del cielo.

Estemos felices de ser pobres y de pasar por pobres, no amemos las cosas vanas y como el humilde y pobre Francisco de Asís llamemos a la pobreza nuestra reina y nuestra bien amada hermana.

La Regla dice que la pobreza es la fortaleza de la observancia regular.

Es realmente cierto, deseo entonces que para encontrar el espíritu de la santa Regla nuestras hermanas sean verdaderamente pobres. En si nada de particularidades, nada escondido, nada de reservas materiales, que son ocasión para hacer regalos a una persona amada o a un pariente, todo debe ponerse en común, según el texto de la Regla; si nosotras deseamos hacer un regalo manifestemos este deseo a nuestra superiora y si es justo ella aceptará, entonces es siempre la Regla que habla.

La religiosa que falta a la pobreza debe ser castigada y si la transgresión es considerable debe ser severamente castigada. Pero el castigo más grande es el dolor de haber ofendido al Divino Esposo. Él para demostrarnos su amor no ha tenido ningún reparo en bajar del cielo, nacer en un establo y morir sobre una cruz.

¡Qué tristeza tener el corazón enamorado de las cosas de aquí abajo y apegado a la tierra, cuando bastaría un hilo para aspirar a la unión inefable con el Señor que es la única felicidad deseada y el único tesoro del corazón de una religiosa!.

Oh Señor, despréndenos de todo lo que ata nuestras almas; como una blanca paloma alza el vuelo,

decimos como San Pablo “por el amor de Cristo yo miré todas estas cosas terrenas como un vil humo”.

Todo lo que sea del espíritu del mundo, oh Jesús, Esposo mío, lo dejamos a vuestros pies. Así sea.